

Paulo Drinot, *La seducción de la clase obrera. Trabajadores, raza y la formación del Estado peruano*. Lima: Instituto de Estudios Peruanos y Ministerio de Cultura, 2016; 325 pp. Bibliografía, ilustraciones.

El surgimiento del capitalismo industrial en el mundo, en el siglo XIX, trajo consigo a nuevos personajes sociales, entre los que figuraron de modo prominente los trabajadores de la industria u obreros, como genéricamente se les llamó. La clase obrera inspiró diversas utopías y esperanzas de cambio, como también temores de alteraciones violentas que podrían trastornar el mundo tal cual lo habíamos conocido. Aparecía tanto como un agente de progreso y modernización, cuanto de amenaza al orden social y político. En este libro el historiador peruano afincado en Londres, Paulo Drinot, examina las consecuencias del surgimiento de la clase obrera en un país de la periferia del orden económico y político mundial, como el Perú.

También en países de este tipo, aunque en fechas más tardías y en medidas más reducidas, se pudo observar el surgimiento del nuevo personaje social que según algunos ideólogos había venido a transformar el mundo. En *La seducción de la clase obrera*, Drinot evalúa la reacción del Estado y de otros agentes sociales cuando en esta apartada república sudamericana comenzaron a poblar las calles hombres de overol de rudo hablar y dudosas costumbres. Para un período como el de 1919-1940, caracterizado en el Perú por un Estado mejor pertrechado de instrumentos de política, al que la sociología histórica bautizó como “Estado oligárquico”, Drinot lanza el calificativo provocador de “Estado obrero”. Esto, porque se trató de un gobierno que se propuso promover, proteger, a la vez que controlar a la nueva clase trabajadora. Para ello dictó medidas como una ley de accidentes de trabajo, otra de prevención y arbitraje en caso de huelgas y reclamos de los trabajadores, y otras más de cobertura de salud y ayuda en casos de enfermedad, así como programas de pensión para la edad del retiro, construcción de viviendas y menús saludables para la alimentación obrera. Dentro del Ministerio de Fomento se creó una Dirección del Trabajo, cuyos funcionarios iniciales fueron figuras amigas de los reclamos de los trabajadores, por sus ideas sociales avanzadas y progresistas.

Estas medidas no fueron sola o principalmente una reacción del Estado y las elites de gobierno frente a la naciente organización sindical, que habría “arrancado” al Estado reivindicaciones como éstas tras largas jornadas de lucha política, como ha narrado la historia del movimiento obrero de las décadas pasadas. Tampoco fueron solamente una estrategia para cerrarle el paso a las ideologías aprista y comunista que durante los años veinte y treinta fueron muy activas en lanzar programas de cambio dirigidos al consumo de las nuevas clases trabajadoras urbanas. Ocurría, de acuerdo al autor, que los gobiernos de la época (que integraron personajes tan disímiles en la historiografía, como Augusto Leguía, Luis Sánchez Cerro y Oscar Benavides) estaban encandilados con la idea que la clase obrera podría erigirse en el agente redentor de un país caracterizado hasta entonces

por el atraso económico y social. Pero para hacer efectiva esa promesa, esta clase debía ser modelada a través de “tecnologías de gobierno” como las leyes antes mencionadas.

Las ideas del positivismo y el catolicismo social que penetraron en la intelectualidad del país durante las postrimerías del siglo diecinueve y las primeras décadas del veinte, fueron influyentes para dar a luz a este giro que cobró la política del Estado peruano tras el fin del período conocido como la República Aristocrática (1899-1919). El libro de Drinot es interesante, así, para reflexionar acerca del origen de las políticas gubernamentales. Inspirado por las ideas del filósofo francés Michel Foucault, él plantea que dichas políticas no son solamente reacciones frente a las demandas de los otros actores sociales, o búsqueda de ganancias o cuotas de poder. También existiría una racionalidad gubernativa; es decir, la búsqueda del progreso o la plasmación de una utopía, como por ejemplo: la armonía entre el capital y el trabajo, tema que se convirtió en una suerte de obsesión en el período de entreguerras (1918-1939).

El autor plantea, sin embargo, que dicha política obrerista fue “racializada”, en el sentido de que concibió a los obreros como hombres distintos a los indios que mayoritariamente poblaban el Perú. Si los indios representaban, para el gobierno y las elites, la “herencia del coloniaje” y la barbarie de un pasado feudal, los obreros encarnaban el futuro y la esperanza del progreso. Para que los indios pudiesen transformarse en obreros debían pasar por un proceso de “desindianización”, cuya concreción no resulta, empero, esclarecida en el libro. La desindianización (que Drinot toma del trabajo de la antropóloga Marisol de la Cadena) consistiría en abandonar un conjunto de comportamientos e ideas que caracterizarían a los indios en el universo mental de las elites. Un ejemplo de que las leyes para obreros no incluían a los indios sería, para el autor, que paralelamente a la creación de la Dirección del Trabajo, apareció una Dirección de Asuntos Indígenas, y que la Constitución de 1920 incluyó tanto leyes sobre el trabajo, cuanto sobre las comunidades o pueblos de indios.

Tal vez esta parte del argumento del libro es la que resulta menos convincente o más discutible. El hecho de que el gobierno peruano considerara leyes diferentes para los trabajadores obreros y para los indios, no implicaba, necesariamente, que partiera de la idea que los indios no podían, o no debían, ser obreros, reservando esta condición únicamente para los mestizos. Si no que atendía el hecho de que, como manifestó uno de los personajes reseñados en el libro, los trabajadores de la industria y los indios de las comunidades o las haciendas enfrentaban problemas distintos y mundos hasta cierto punto distintos. En el campo, por ejemplo, dado el carácter estacional de muchas actividades, era más difícil fijar horarios de trabajo; la dispersión geográfica dificultaba realizar inspecciones y la ausencia de moneda fraccionaria (cuya escasez recién comenzó a resolverse desde los años treinta, con la generalización de la moneda fiduciaria) hacía difícil el pago de salarios en moneda.

Drinot cita, en respaldo de su tesis, las opiniones de autores como Alejandro Garland, Alberto Ulloa, Leopoldo Arnaud y Francisco Alayza Paz-Soldán. Pero estos se habían ya

apartado de las ideas del darwinismo social de la generación previa de Clemente Palma, Alejandro Deustua o Ventura García-Calderón, que consideraron a la india una raza genéticamente inferior. Aquellos creían que los indios vivían en una situación de aislamiento y exclusión social, por razón de que históricamente habían sido marginados y expoliados, pero que esta situación debía corregirse a fin de rehabilitarse o “regenerarse” como una población normal o “útil”. Esta regeneración incluía aspectos como la educación, la higiene, el abandono de prácticas como el alcoholismo y la violencia familiar y la adopción de valores de moralidad y urbanidad. Probablemente podría concluirse en que este paquete regenerador contenía una cierta “desindianización”, pero seguramente ellos no lo veían así; al contrario, pensaban que estaban extirpando patrones instalados durante el duro régimen del “colonaje”, que habían desvirtuado lo que serían los caracteres “auténticos” de la indianidad. Durante los años veinte y treinta se vivió en el Perú precisamente el surgimiento de una corriente cultural conocida como el “indigenismo”, que, aunque a costa de algunas inexactitudes y distorsiones históricas, exaltó y valoró positivamente la historia y la cultura indígenas.

En un país de indudable presencia de jerarquías basadas racialmente como el Perú, es tentador apreciar las políticas como inspiradas en dichas jerarquías y en el juego sutil (y a veces no tan sutil) de las relaciones inter-raciales, pero al lado de la escisión racial, corren otras escisiones igualmente importante y de alcance universal, como las de ciudad y campo o ricos y pobres, que es necesario también tomar en cuenta.

La seducción de la clase obrera (versión castellana de *The Allure or Labor*, aparecida en inglés en 2011) se basa en una investigación paciente en los archivos del Ministerio de Fomento y del Interior y en una impresionante lista de folletos, menús y revistas de la época. Esto le ha permitido al autor dar con una serie de imágenes (fotografías y dibujos) que resultan poderosos y contundentes testimonios de muchos de sus planteamientos; sin duda, ha sido un acierto insertar algunas de estas imágenes en la edición, una de las cuales ha sido usada precisamente para la magnífica portada del libro. En los años venideros este libro debe convertirse en un referente sobre el período de la primera mitad del siglo veinte peruano y en un volumen inspirador para el estudio de las políticas públicas en muchas épocas y países de América Latina.

Carlos Contreras Carranza
Departamento de Economía de la PUCP